

del clan, el chivo expiatorio. En lugar de pagar las culpas de la tribu, hará su inventario.

«Todo destino conlleva como corolario una nostalgia por lo que no pudo ser», dice Donoso en sus memorias. La escritura resulta, por fin, el diseño de ese no-poder-ser, el objeto del deseo, que construye, ahuecando el mundo, un destino, una historia. El punto final, el silencio final, lo pone, como siempre, la gran correctora de pruebas, la muerte.

B.M.

Una historia del periodismo español*

Parece claro que la indagación histórica necesaria para culminar una obra como la que nos ocupa es una tarea que exige labor de archivo, pero también rigor metodológico a la hora de escoger y ordenar la documentación disponible. Narrar los avatares de la prensa española desde sus orígenes es el propósito que las autoras se han marcado desde que en 1983 apareciera en el mercado editorial el volumen primero de este valioso trabajo, puesto nuevamente de actua-

lidad por la aparición de un tercer tomo. Destinado en primer término a periodistas y estudiantes de Ciencias de la Información, el texto soslaya toda tentación de aridez historiográfica y conserva en sus páginas un tono didáctico que también hace accesible su contenido a lectores no especializados.

Por su extensión, el estudio de Sáiz y Seoane permite profundizar en aspectos que otras monografías más breves, como la escrita en 1992 por Alejandro Pizarroso, dejaban de lado. En este sentido, es un acierto el modo en que las autoras han estructurado la obra, alternando las anotaciones exclusivamente históricas o empresariales con el pormenorizado análisis de contenido de periódicos concretos. La ordenación de las publicaciones viene dada en muchos casos por su definición ideológica, si bien el catálogo no siempre se ciñe a la coyunturalidad política y presta asimismo atención a especialidades como la cultura o la simple información. Esa sugestiva miscelánea cuenta además con el perfil de una serie de periodistas cuyo interés literario es, a no dudarlo, indiscutible. Cabría recordar aquí con respecto a esas figuras la clásica distinción barthesiana entre escritor y escribiente, si bien las insistencias de Sáiz y Seoane evitan voluntariamente tales argumenta-

* Historia del periodismo en España. 1. Los orígenes. El siglo XVIII. 2. El siglo XIX. 3. El siglo XX (1900-1936), *María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, Alianza Editorial, Madrid, 1983-1996.*

ciones teóricas y se concentran en completar un trayecto finalista, donde el periodismo escrito progresa hacia la modernidad, madurando en forma y contenido, ligado cada vez más a la opinión pública que justifica su presencia en la sociedad.

Claro está, ese recorrido queda organizado cronológicamente. Comienza el primer tomo, escrito en solitario por Sáiz, con un apunte conciso de los rudimentos de la prensa, que nos conduce de los *Annale Maximi* romanos a las relaciones y gacetas publicadas a lo largo del siglo XVII, instrumentos de comunicación unos y otras que ponen entre paréntesis un variado repertorio de impresiones y manuscritos progresivamente popularizados gracias al perfeccionamiento del correo y la imprenta. A la crónica de esos antecedentes sigue la del acontecimiento que, sin discusión entre los historiadores, significa la aparición del primer periódico español. Hablamos de la entrada en prensa del número inicial de la *Gazeta Nueva*, redactada en 1661 por Fabro Bremundan, un erudito bruselense empeñado en la tarea de dar a conocer los méritos militares de Juan José de Austria. Esa cabecera iba a ser seguida por otras, como la *Gazeta ordinaria de Madrid*, impresa con un privilegio real que suponía su control por parte del poder político, en este caso el antedicho Juan José de Austria, a la sazón primer ministro de Carlos II. No ha de extrañar al lector poco familiarizado con la

primera edad del periodismo tal atención al asunto de las *Gacetas*, pues, a no dudarlo, son los pilares de la prensa escrita española, destacables tanto en contenidos como en difusión, y así se encarga de remarcarlo la autora. Tampoco debe sorprenderle que el capítulo a ellas dedicado se cierre con un apartado referido a las normas sobre prensa e imprenta dictadas desde el tiempo de los Reyes Católicos hasta ese mismo siglo XVII, dado que las leyes cartografían, ya desde entonces, los caminos que el informador puede —e incluso debe, según los casos— seguir en su tarea diaria. Está claro que Sáiz concede una notable importancia a la subida al trono de la dinastía borbónica y se detiene a considerar los cambios habidos en la sociedad, la economía y la política españolas gracias al reformismo ilustrado, que también propició la aparición de periódicos minoritarios, especializados, destinados a un público culto.

Luego de abordar las técnicas de impresión y el novedoso régimen jurídico de la prensa en el XVIII, examina en profundidad publicaciones distinguidas. Protagonizan esos capítulos de análisis unos periódicos como el *Diario de los Literatos de España*, polémico, con calidad literaria y profundidad intelectual; y *El Censor*, que ejercía la crítica de los defectos sociales, pero ampliándola con el mismo rigor a las instituciones, convirtiéndose, gracias al mérito y hondura de sus artículos, en lo que Sáiz

considera *un verdadero revulsivo para la sociedad de su tiempo*. Los periódicos citados, y otros tantos que la autora trae a colación, contaron con la intervención de firmas prestigiosas, pero fue el aragonés Francisco Mariano Nipho quien acreditó mayores méritos personales en el periodismo del XVIII, no sólo por lo prolífico de su carrera, sino por haber fundado en 1758 el primer diario español, *Diario noticioso, curioso-erudito, comercial, público y económico*. Queda, pues, justificado que la figura de Nipho protagonice todo un capítulo en el que se da cumplida noticia de su vida, ideario y escritos.

En lo que hace al segundo tomo, redactado por María Cruz Seoane, cabe resaltar que abarca las publicaciones aparecidas a lo largo del siglo XIX, una materia en extremo atrayente, dado que, al margen de los progresos técnicos que en su transcurso favorecen el ejercicio de la profesión periodística, es la etapa en que surge y llega a su madurez la prensa política. La libertad de imprenta nacida en las Cortes de Cádiz, rasgo esencial del Estado liberal, supondrá un cambio definitivo en el mundo de la prensa, pero también en el político, dada la importancia decisiva que adquiere la opinión pública. Esa misma libertad, aparte de propiciar la edición de nuevas publicaciones, posibilita la expresión de ideas novedosas, y en este sentido es clarificador el apartado que la autora consagra a las palabras y temas clave de los periódicos del

momento. Repasar ese vocabulario ideológico nos parece un ejercicio tan grato como ilustrativo del discurso más extendido entre los periodistas de comienzos de siglo. Igualmente clarificador resulta el contraste entre ese apasionamiento político y lo que Seoane llama *el gran silencio*, esto es, la supresión de la libertad de imprenta tras la subida al poder de Fernando VII y la consiguiente reacción absolutista en todos los márgenes de la sociedad. Los pronunciamientos militares serán el instrumento liberal empleado para forzar un retorno a los valores manifestados en Cádiz, y el triunfo del protagonizado por Riego supone un período de apertura política en el que Seoane sitúa la nueva legislación de imprenta y, derivada de ella, el renacimiento de la prensa política, apasionada en sus postulados, ubérrima en cabeceras, pero también efímera en lo que concierne a la duración de éstas. El curso seguido por el liberalismo, particularizado en su expresión escrita, es atendido por la autora con amplitud de recursos documentales, insertando fragmentos de periódicos representativos que ofrecen al lector ejemplos claros del periodismo político practicado en esas fechas.

El zigzagueo de la vida pública española, sometida a un continuo vaivén entre el ideario liberal y el absoluto, se corresponde con la trayectoria de la prensa. Merece destacarse, por lo representativo al respecto, el capítulo consagrado a la década absolutista, iniciada en

1823, en el que se incluye un apartado sobre la prensa elaborada por los exiliados en Londres y París. Hallamos en el mismo capítulo alusiones a Larra, figura fundamental del periodismo español, que protagonizará más adelante dos notables apartados, uno dedicado a analizar su contribución a la prensa y otro centrado en el examen de las palabras clave de la época que podemos hallar en sus artículos. Recorremos en esas páginas un tiempo de tránsito hacia el liberalismo, en el que los carlistas empiezan a reclamar los derechos dinásticos de su candidato al trono, pretensión que más tarde también se verá plasmada en los periódicos. Es la época en que el romanticismo llega a las publicaciones ilustradas y literarias, de las que Seoane subraya títulos señeros como *El Artista* y el *Semanario Pintoresco*. En el amplio y concienzudo estudio de lo editado entre el trienio esparterista y la restauración borbónica, sigue la autora un parecido esquema metodológico, introduciendo primero al lector en el contexto histórico de que se trate para después facilitarle un inventario de las publicaciones fundamentales, divididas en razón de su contenido político. Hallamos periódicos moderados, republicanos e incluso los primeros en acoger las tesis del movimiento obrero. La autora se detiene asimismo en el análisis del periodismo satírico, tan floreciente en el pasado siglo. Es de destacar lo expuesto sobre noticieros como *La Correspon-*

dencia de España y *El Imparcial*, memorable este último no sólo por sus contenidos, sino por los avances tecnológicos que concurren en su confección.

El tercer tomo, escrito conjuntamente por Seoane y Sáiz, aborda una etapa apasionante de la prensa española: aquella que comienza con la profunda crisis de 1898 y concluye con el estallido de la guerra civil. La estructura de este volumen sigue el orden cronológico característico de los anteriores, si bien en esta ocasión se incluye un primer capítulo introductorio que abarca varios epígrafes de contenido heterogéneo: periódicos de empresa y periódicos de partido, el público de la prensa, prensa y opinión pública, la empresa periodística, etc. Tras ese preludeo generalista, las autoras examinan las publicaciones fundamentales de comienzos de siglo. Entre los materiales reunidos resalta un estudio de los albores del diarismo gráfico, ejemplificado por el *ABC*, periódico cuya peculiar trayectoria ideológica y empresarial es retratada con profusión de datos. Pero, evidentemente, no se trata de la única cabecera analizada. Ciertamente que el inventario es copioso, pero su lectura resulta interesante en todo momento. Hallamos en esas páginas ejemplos de prensa nacionalista, prensa militar, socialista, católica, integrista, carlista, anarquista, de sucesos, para mujeres. Incluso cabe el recuerdo de las publicaciones de vanguardia, caso de aquel *Prometeo* animado por la